

Algunas consideraciones médicas sobre las crónicas del Perú.

Some medical considerations in relation to the chronicles of Perú.

PAMO REYNA, OSCAR G.

*Profesor Asociado, Departamento de Medicina de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; Internista del Hospital Loayza de Lima.

INTRODUCCIÓN

Revisar el pasado histórico toda vez que se trate de hechos muchas veces estudiados constituye un reto pues se exige, en estos casos, planteamientos originales o inéditos. Pues bien, con motivo de conmemorar el V Centenario del Encuentro de Dos Mundos vamos a presentar un estudio analítico desde el punto de vista médico de algunos aspectos, muy interesantes por cierto, que describieron los llamados cronistas, aquellos que escribieron las crónicas, tuvieron una serie de dificultades para apreciar e interpretar lo que observaron o recogieron de boca de los indianos.

Los cronistas del Perú conocían poco o nada del arte curanderil de su época. De aquí que es comprensible sus dificultades para entender lo que se relacionara con el cuerpo humano, la salud y la enfermedad. Los cronistas fueron soldados (Pedro de Cieza de León, Juan de Betanzos, Pedro Sarmiento de Gamboa, Pedro Pizarro, etc.). Licenciados en leyes (Agustín de Zárate, Juan de Matienza, Fernando de Santillán, Polo de Ondegardo, etc.), religiosos (Joseph de Acosta, Cristóbal de Molina, Miguel Cabello Balboa-inicialmente soldado-, Martín Morúa, Antonio de la Calancha, Fernando de Valera fue jesuita y el mestizo Blas de Valera fue jesuita y el mestizo Gracilazo de la Vega fue soldado inicialmente. Los indios Juan de Santa Cruz Pachacuti y Felipe Huamán Poma de Ayala fueron caciques (1).

El otro gran problema que tuvieron los cronistas fue un enemigo implacable: el olvido. Varios de los cronistas escribieron muchos años más tarde de sucedido los hechos. Pedro Pizarro, Diego de Trujillo, Diego Fernández de Palencia y Gracilazo lo hicieron en su vejez. A ello debemos agregarle el hecho de que los indianos no tuvieron escritura por lo que las fuentes primarias de los cronistas fueron todas de tipo oral y el olvido en los indianos fue otro factor importante en la confusión de los hechos. Otros cronistas ni siquiera estuvieron en el Perú sino que escribieron lo que oyeron o simplemente copiaron a otros. Tal fue el caso de Gómora, Herrera, Benzoni, etc (2).

El invasor español estuvo imbuido en todo un mundo imaginario o fantástico. Recordemos que España salía de la Edad Media, y aún prevalecía en ellos creencias fabulosas de monstruos marinos, como el kraken, al momento de cruzar el gran charco. Por aquella época estuvo en boga la lectura de las novelas de caballería. Tal fue el caso de El Caballero Cifar, Amadis de Gaula, Tirant Lo Blanc, Sergas de Esplandián, Lisuarte de Grecia,

Caballero de la Cruz, Florisel de Niquea, etc. Y que acabarían hacia 1605 con El Quijote de la Mancha. Ellas acompañaron al conquistador y en las noches de fogata fueron leídas por el que sabía hacerlo hasta que los oyentes cayeran dormidos por el cansancio (3).

Todo esto haría que los españoles erraran por estas tierras creyendo ver gigantes, a las Amazonas, o buscando El Dorado, La Fuente de la Eterna Juventud, Las Siete Ciudades Encantadas, La Ciudad Errante de los Césares, etc. (4)

A todo esto habría que sumarle el componente místico que la religión católica impuso en el pensamiento del español de esos siglos y que sería muy importante en la recolección de información como veremos a continuación.

Los indianos no sólo modificaron los testimonios con sus olvidos e intereses políticos sino también con su mitología. La dualidad del pensamiento andino y los mitos tupiguaraníes contribuyeron al sueño español para dar lugar al imaginario Gran Paititi (5).

En resumen, podemos afirmar que las crónicas estuvieron influenciadas por la ignorancia de los cronistas para tratar ciertos temas, por su lejanía en el espacio o en el tiempo, por los mitos y la literatura fantástica de la época, por la mística católica, por las fuentes orales de los indianos y sus mitos, sin contar con los intereses políticos que hubo de por medio.

LA MUERTE DE HUAYNA CAPAC.

Se ha repetido muchas veces, y ha prevalecido este concepto, que el Inca Huayna Capac falleció a consecuencia de haber enfermado durante una epidemia de viruela (6,7,8), aunque algunos autores hicieron otros diagnósticos como la enfermedad de verrugas, paludismo, sífilis, etc. Las fuentes que han dado lugar a estas aseveraciones han sido las crónicas por lo cual vamos a revisarlas.

Pedro Pizarro escribió: “Pues acabada la conquista, el Guaina Capa mandó hazer una fortaleca en memoria de la Vitoria que auía auido, que así lo tenían de costumbre en todas las provincias que ganauan. Pues estando en esta obra dio entrellos una enfermedad de birhuelas, nunca entrellos vista, la cual mató muchos yndios. El Guaina Capa estaua encerrado en sus ayunos que acostrunauan hazer, que era estar solos en un aposento y no llegar a muger ni comer sal ni ají en lo que les guisauan, ni beber chicha (estauan desta manera nueve días, otras vezes/tres); pues estando Guaina Capa en este ayuno solo, dicen que entraron tres yndios nunca vistos, muy pequeños, como enanos, donde el señor estaua, y le dixeron:-Ynga, benímoste a llamar, y como él vido esta visión y esto que dixeron, dio bozes llamando a los suyos, y en entrando que entraron, desaparecieron estos tres ya dichos, que no los uido nadie, saluo el Guaina Capa, y él a los suyos dixo:-¿Qués de esos enanos que me vinieron a llamar?:-No los hemos visto-; entonces dixo el Guaina Capa:-Morir tengo-; luego enfermó del mal de las birhuelas.” (9). E este relato de Pedro Pizarro se menciona a una epidemia de viruelas, que el Inca Huayna Cápac enferma, delira y muere por la enfermedad.

Veamos otros relatos. “... que afirman que avía hecho traer a Quito más de quinientas cargas de oro y más de dos mil de plata y mucha pedrería y ropa fina, siendo temido de

todos los suyos porque no se le osavan desmandar quando luego hazia justicia, quantan que vino una gran pestilencia de viruelas tan contagiosa que murieron más de dozientas mil nimas en todas las comarcas, porque fue general y dándole a él el mal no fue parte todo lo dicho para librarlo de la muerte, porquel gran Dios no era dello servido. Y como se sintió tocado de la enfermedad, mandó se hizieron grandes sacrificios por su salud en toda la tierra y por todas las guacas y templos del Sol, más yéndole agraviado, llamó a sus capitanes y parientes y les habló algunas cosas, entre las quales les dixo, a lo que algunos dellos dizen, que él savía que la gente que avía buuelto en el navío bolveria con potencia grande y que ganaría la tierra. Esto podría ser fábula y, si lo dixo, que fuese por boca del demonio, como quien sabía que los españoles yvan para procurar del bolver a señorear.” (10). En esta descripción de Cieza de León se menciona una epidemia de viruela, que Huayna Cápac enferma y que, difícil de aceptar, predice el triunfo de los españoles.

Sarmiento de Gamboa escribió al respecto lo siguiente: “Más llegado[Guayna Cápac] que fue a Quito, dióle una enfermedad de calenturas, aunque otros dicen que de virgüela y sarampión. De la cual como se sintiese mortal, llamó a los orejones sus parientes, los cuales le preguntaron a quién nombraba por su sucesor” (11). En este caso no se precisa sobre la enfermedad de Huayna Cápac sino se menciona unas fiebres y se pone en duda la viruela y el sarampión.

Juan de Betanzos escribió: “... seis años en fin de los cuales seis años que en el Quito estuvo [Guayna Capac] le dio una enfermedad la cual enfermedad le quitó el juicio y entendimiento y dióle una sarna y lepra que le puso muy debilitado y viéndole los señores tan al cabo entraron a él pareciéndoles que estaba un poco en su juicio pidiéronle que nombrara señor...” (12). En este caso, Betanzos no denominó a la enfermedad de Hayna Cápac.

Alonso de Borregán escribió: “... murió guaynacaba de vna enfermedad que le dio muy recia que debía de ser perlesía sacaronle las tripas y embalsárosle el cuerpo por que enviaron por el bálsamo al cuzco...” (13).

La versión de Cristóbal de Molina fue la siguiente: “... dicen los indios que Quito que [Huayna Cápac] quería pasar a descubrir las provincias de Popayán; y tuvo noticias que no era parte para ello, y como era tan gran seño, que tenía más de mil leguas de señorío, y le hicieron aquella gente inexpugnable, y los suyos acobardaban y no querrían ir en aquella conquista, murió de pesar e imaginación, diciendo que como era posible que siendo él sól; o hijo del Sol, y solo Inca, pudiese haber otro mayor Señor, y otras gentes más fuertes que las tuyas...” (14).

Gracilaso, el cronista mestizo se refirió sobre la muerte del Inca de la siguiente manera: “Estando Huaina Cápac en el reino de Quito, un día de los últimos de su vida, se entró en un lago a bañar, por su recreación y deleite; de donde salió con frío, que los indios llaman chucchu, que es temblar, y como sobreviniese la calentura, la cual llaman rupa, que es quemarse, y otro día y los siguientes se sintiese peor y peor, sintió que su mal era de muerte, porque de años atrás tenía pronósticos della, sacados de las hechizerías y agüeros y de las interpretaciones que largamente tuvieron aquellos gentiles,...”, “Huaina Cápac murió de aquella enfermedad; los suyos, en cumplimiento de lo que les dexó mandado, abrieron

su cuerpo y le embalsamaron y llevaron al Cuzco, y el corazón dexaron enterrado en Quito.” (15). Gracilaso no menciona epidemia alguna y sólo hace referencia a una enfermedad consistente en fiebres precedidas de escalofríos, que pudo ser una neumonía, paludismo, leptospirosis, etc., pero nada acerca de la viruela.

De lo que hemos revisado, tenemos que, hacia 1524 los españoles se encontraban en lo que ahora es costa ecuatoriana y el Inca Huayna Cápac estaba asentado en Quito, que ningún español estuvo presente durante la enfermedad del Inca sino que se enteraron de lo sucedido muchos años después, que en las crónicas no existe una descripción somera siquiera de lo que conocemos por viruela, que los cronistas primero pusieron el nombre (viruela, sarampión, lepra, sarna, perlesía, etc.) a la enfermedad antes de reconocerla. Por tanto, sin negar que junto con los conquistadores vinieron muchas epidemias que causaron alta morbilidad y mortalidad entre la población indiana carente de inmunidad, no tenemos evidencia concreta que la causa de la muerte del Inca Huayna Cápac fue, precisamente, la viruela.

LAS VERRUGAS DE COAQUE

La bartonelosis humana ocupó el quehacer de los investigadores médicos peruanos desde fines del siglo pasado hasta mediados del siglo XX. Esta enfermedad resulta de la inoculación de la *Bartonella bacilliformes* mediante la picadura de la hembra del mosquito hematófago *Lutzomyia verrucarum* dando lugar a un cuadro, fase aguda, anemizante febril debido al desarrollo de una anemia hemolítica extravascular. Luego de un período de latencia, llamado intercalar, sobreviene algunas semanas más tarde la erupción de lesiones dérmicas, del tamaño de algunos milímetros a algunos centímetros, de tipo angiomaso, llamados verrugas, como resultante de una proliferación de células endoteliales parasitadas. El habitat del mosquito está en los valles interandinos, lejos de las costas, entre los 550 y 3000 metros de altitud sobre el nivel del mar, que por el sur llega, o llegó alguna vez, hasta la provincia de Cañete, y por el norte hasta algunos valles, interandinos siempre, de Ecuador y Colombia.

Al hacer una mirada retrospectiva en busca de los antecedentes más remotos de esta enfermedad, los estudiosos encontraron que el vocablo “verruga” o “berruga” tuvo su origen en la denominación que los cronistas españoles dieron al describir las excrecencias dérmicas que tuvieron los conquistadores que padecieron un raro mal durante su permanencia, unos seis meses, en la bahía de Coaque, provincia del Manabí, actual República de Ecuador, en el año de 1531.

Veamos el relato de Pedro Pizarro: “En este quaque se hallaron muchos colchones de lana de ceiba, que son árboles que la crían, que así se llaman. Aconteció pues que algunos españoles que en ellos se echauan, amanecían tullidos: que si el braco questaua doblado o la pierna al dormir, no la podían desdoblar sino hera con muy gran trauajo y beneficios. Esto aconteció a algunos, y aún se entendió que desto fue el origen de una enfermedad que dio de verrugas, tan mala y congojosa, que tuvo a mucha gente muy fatigada, con muchos dolores como de bubas, hasta que les salían grandes verrugas por todo el cuerpo, yn algunos tan grandes como huebos, y regentando el cuero corría sangre y materia, que tenían necesidad de cortárselos y echar en la llaga cosas fuertes para sacar la raíz; otras auía tan

menudas como sarampión, de que se henchían los hombres, todo el cuerpo. Pocos escaparon que no la tuiesen decir que se causó esta enfermedad de unos pescados que comieron en las provincias de Puerto Viejo, que los yndios dieron de malicia a los españoles. Pues estando así como digo en este pueblo de Quaque aderezando para pasar adelante, llegó Benalcácar en un navichuelo, con obra de treinta hombres, de que el Marqués y la xente que con él estauan rreciuieron mucha alegría.” (16).

Esta descripción no se asemeja en su totalidad a alguna de las enfermedades que conocemos actualmente. Sin embargo, nuestros investigadores de antaño se guiaron por la denominación y el hecho de que a los conquistadores les aparecieron unas excrecencias dérmicas para decir que fue Bartonelosis, como la conocemos hoy, la enfermedad que padecieron. Si a algo se asemeja sería a una furunculosis con formación de abscesos. Más aún, los otros que arribaron a Coaque, Benalcázar y sus hombres, no la padecieron.

Veamos otras descripciones. Cieza de León escribió: “Como los navíos se fueron, quedó el gobernador con los cristianos en Quaque, tierra enferma, cercana a la línea equinoccial. Pasaron en ella mucho trabajo e molestia los nuestros porque estuvieron más de siete meses y acaeció algunos dellos acostarse en sus lechos buenos y amanecer hinchados y aún muertos y otros se tullían y estaban los miembros encojidos veynte días más y bolvían a sanar; sin esto les nacieron a los más dellos unas verrugas por ensima de los ojos tan malas e feas, como saben los lo quedaron de aquel tiempo. Como no supiesen cura para enfermedad tan contagiosa, algunos las cortavan y se desangravan en tanta manera, que escaparon pocos sin morir de los que lo hizieron; con todo estos trabajos no faltó mayz, algunas frutas y rayzes de la tierra, mas en mucho días no comieron carne ni pescado por no lo tener.”(17).

A continuación vamos a presentar los testimonios de los cronistas que dieron cuenta de dicho mal aunque no todos lo hicieron detenidamente, y si lo hicieron fue de la manera más confusa. En la Crónica Rimada se escribió:

“Cinco meses y más descansaron,
Donde mayor travaxo sintieron,
Porque sesenta personas murieron
De males perversos que allí se cobraron.
Entre muchos consejos que allí se tomaron
Acuerdan pasar de allí a Puerto Viejo;
Y socorrióles Dios con tal aparejo
Que con gente muy buena dos naos llegaron.” (18)

El capitán Cristóbal de MENA escribió: “.. y fuimos a un pueblo llamado Coaque donde ovimos algún oro. En esta provincia adoleció mucha gente; porque la tierra es malsana porque esta debaxo de la línea equinoccial. De alli passamos a una ysla llamada la Pugna alli estuvimos quatro o cinco meses, donde murieron ocho o diez de nosotros.” (19)

El testimonio de Juan Ruiz de Arce, que fue uno de los que llegó al encuentro de Pizarro y sus hombres en Coaque fue el siguiente: “Y dejamos al Gobernador en su posada y fuímonos a aposentar a un cabo del pueblo, que estaba sin españoles. Había mucho de los

españoles que no los conocían si no era en la habla. La dolencia que tenían era las más malas que jamás se vio: eran una verrugas de la manera de brevas. Teníanlas por el rostro y las manos y por las piernas. Escapaban de esta dolencia pocos.” (20)

Diego de Trujillo escribió: “... y quedamos en aquel pueblo más de ocho meses; en este tiempo murió mucha gente de enfermedades y de unas verrugas que allí nacían a los españoles: después que el navío fue a Panamá, vino luego a este pueblo de Coaque...” (21)

Agustín de Zárate dio la siguiente versión: “Es tierra muy caliente y enferma, especialmente de unas berrugas muy enconadas que nacen en el rostro y otros miembros, que tienen muy hondas las raíces, de peor calidad que las bubas”. (22)

Miguel de Estete escribió: “Este pueblo de Coaque está junto a la mar, un buen asiento; sería de hasta cuatrocientas casas de muy gentil parecer y sitio, aunque en ruín constelación; porque es la costa más enferma del cielo, porque entrando la gente en él les dio grandísimas enfermedades de calenturas, que mataban en veinticuatro horas, y la peor unas verrugas que daba a las gentes a manera de viruelas, salvo que eran tan grandes como nueces y avellanas, sangrando muchas de ellas y por las narices, la cual enfermedad lisió tanto la gente, que aunque no morían de ella, como de la fiebre, hacia la gente inhábil y torpe para no salir de allí a buscar mantenimiento; a cuya causa y de los muchos que se murieron, los que quedaron tuvieron gran estrecho de hambre y no eran parte de salir de allí”. (23)

La versión dada por Sarmiento de Gamboa es algo diferente: “Y el cinchi [Tóca y Cápac] dello recibió gran contento, y preguntando a voces altas si era aquél el hijo de Mma Micay, la que había de ser su mujer, Tito Cusi Gualpa, aunque niño, respondió con atrevimiento muy gentil parecer y sitio, aunque en ruín constelación; porque es la costa más enferma que hay debajo del cielo, porque en entrando la gente en él les dio grandísimas enfermedades de calenturas, que mataban en veinticuatro horas, y la peor unas verrugas que daba a las gentes a manera de viruelas, salvo que eran tan grandes como nueces y avellanas, sangrando muchas de ellas y por narices, la cual enfermedad lisió tanto la gente, que aunque no morían de ella, como de la fiebre, hacía la gente inhábil y torpe para no salir de allí a buscar mantenimiento; a cuya causa y de los muchos que se murieron, los que quedaron tuvieron gran estrecho de hambre y no eran parte para salir de allí.” (23)

López de Gómara, quien nunca estuvo en el Perú, redactó lo siguiente en base de informaciones de segunda, o más, mano: “Andando así, llegaron a Coaque, lugar bien provisto y rico, donde se refrescaron asaz cumplidamente y consiguieron mucho oro y esmeraldas, de las cuales rompieron algunas, para ver si eran finas, porque hallaban también piedras falsas de aquel mismo color. Apenas hubieron satisfecho el cansancio y el hambre, cuando les sobrevino un nuevo y feo mal, que llamaban verrugas, aunque, por lo que atormentaban y dolían, eran bubas. Salían aquellas verrugas o pupas en las cejas, narices, orejas y otras partes de la cara y cuerpo, tan grandes como nueces y muy sangrientas. Como era enfermedad nueva, no sabían qué hacer y renegaban de la tierra y de quien a ella los trajo, viéndose tan feos, pero como no tenían con qué volverse a Panamá, sufrían.” (24).

En la llamada Relación Francesa y en la crónica de Francisco de Jerez se menciona la estadía de los españoles en Coaque pero sin hacer referencia a enfermedad alguna (25,26).

El doctor Pablo Patrón, en 1889, fue uno de los primeros en relacionar esta rara enfermedad con la Bartonelosis, en su fase verrucosa especialmente (27). De allí en adelante los estudiosos de la verruga peruana se ocuparían del extraño mal que afectara a los españoles. El doctor Ernesto Odriozola también creyó que se trató de verrugas (28). Este punto de vista fue sostenido posteriormente por los doctores Daniel Mackehenie (1942), Pedro Weiss (1953) y Juan B. Lastres entre otros (29). El doctor Angel Maldonado sostuvo que se trató de pián y de paludismo (30). En cambio, el doctor Raúl Rebagliati se refirió a la verruga y paludismo (31).

Hasta aquí hemos presentado las principales descripciones sobre la enfermedad que acometió a los conquistadores y las principales interpretaciones que se hicieron. Sencillamente, nos cuesta aceptar que fue la enfermedad de verrugas. A esta conclusión arribó el doctor Julián Arce, notable clínico, en 1918 pero no se le hizo caso, quizás porque la verruga era el estudio predilecto de los investigadores médicos peruanos. El doctor Arce sostuvo: 1) que, clínicamente el mal descrito no correspondía a lo que ya se conocía sobre la Bartonelosis, 2) que, Coaque era una ensenada y no se parecía en nada a la quebrada verrucógena, no existiendo referencia sobre algún cambio climático importante en el pasado, y 3) que, a excepción de los acopañantes de Francisco Pizarro, nunca más el mal fue descrito nuevamente en dicha zona (32). En honor al doctor Arce, y a la razón, queremos rescatar estas apreciaciones que, dicho sea de paso, compartimos.

El cronista Pedro Pizarro hizo una curiosa referencia: "..., lo qual aconteció a tres españoles que mataron de esta manera; y a Francisco Martín, hermano del Marqués don Francisco Picarro, y a Alonso de Mesa, vezino de el Cuzco, y a mí nos aconteciera lo mismo, si no fuera porque Alonso de Mesa estaua muy enfermo de verrugas y no quiso salir de la balsa en que yuamos al yslote donde nos echaron, donde Francisco Martín y yo salimos, que cuando la mar henchía no quedauan sesenta pasos de tierra que se bañase en agua. Pues estando así dormidos, a la medianoche los yndios alcauan la potala de la balsa (que así la llamauan una piedra que, atada a una sogá, echan a la mar a manera de áncora), creyendo que el Mesa dormía, para irse y dexarnos, y matar al Mesa, y-como he dicho-que la uerugas dauan grandes dolores al Mesa estaua despierto, y uisto lo que los yndios hazían, dio bozes,..." (33).

¿Verrugas dolorosas en el mar?. Si no fue verruga, entonces ¿qué fue lo que enfermó a los españoles?. O, si fueron dos ó más enfermedades concurrentes, ¿por qué no se volvió a describir posteriormente?. Ahora queda espacio para las elucubraciones. ¿Hasta qué punto no fue sino una invención de las primeras avanzadas de los conquistadores, y sus cronistas, al saberse muy cerca del fabulosos y rico reino del Pirú, y de esta manera evitar oleadas de nuevos aventureros en completo desbande?.

En fin, de lo que estamos seguro, de acuerdo a lo expuesto, es que no hubo la enfermedad de verrugas, la bartonelosis humana o Enfermedad de Carrión, con sus fases febril anemizante y verrucosa, tal como la concemos hoy, en Coaque.

SOBRE LOS GIGANTES DE AMERICA.

Uno de los aspectos más importantes referidos por algunos de los cronistas fue la presencia de gigantes en estas tierras. Vamos a revisar los testimonios más detallados para tener una idea de lo que pretendieron dar a conocer.

Cieza de León escribió: “Cuentan los naturales por relación que oyeron de sus padres, la qual ellos tuuieron y tenían de muy atrás que vinieron por la mar en vnas balsas de juncos a manera de grandes barcas vnos hombres tan grandes, que tenía tanto vno de ellos de la rodilla abaxo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuesse de buena estatura; y que sus miembros conformauan con la grandeza de sus cuerpos tan disformes: que era cosa mounstrosa ver las cabezas a las espaldas. Los ojos señalan eran tan grandes como pequeños platos. Afirman que no tenían baruas: y que venían vestidos algunos dellos con pieles de animales; y otros con las pieles que les dio natura, y que no trajeron mugeres consigo. Los quales como llegasen a esta punta: después de ayer en ella hecho su asiento a manera de pueblo (que aún en estos tiempos ay memoria de los sitios destas casas que tuuieron) como no hallassen agua: para remediar la falta que della sentían hizieron vnos pozos hondísimos: obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres, como se presume que serían aquellos: pues era tanta su grandeza.

Y causaron estos pozos en roca biua, hasta que hallaron el agua y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra, de tal manera que durar muchos tiempos y edades; en los quales ay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría, que es gran contento beuerla. Auiendo pue hecho sus asientos estos crecidos hombres, o gigantes, y teniendo estos pozos o cisternas de donde beuían: todo el mantenimiento que hallauan en la comarca de la tierra que ellos podían hollar lo destuyan, y comían. Tanto que dizen, que vno dellos comía más vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra. Y como no bastasse la comida que hallauan para sustentarse, matauan mucho pescado en la mar con sus redes y aparejos, que segén razón tenían.

Biuieron en grande aborrecimiento / de los naturales, porque con vsar con sus mugeres las matauan, y con ellos también vsauan sus lujurias. Los naturales no se hallauan bastantes para matar a esta nueva gente que auía uenido a ocuparles su tierra y señorío: aunque se hizieron grandes juntas, para praticar sobre ello pero no les osaron acometer.

Passados algunos años, estando todavía estos gigantes en esta parte, como les faltasen mugeres y las naturales no les quadrase por su grandexa, o porque sería vicio vsado entre ellos por consejo y inducimiento del maldito demonio, vsaron unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan grauíssimo y horrendo. El qual vsauan y cometían pública y descubiertamente, sin temor de Dios, y poca vergüenza de sí mismos. Y afirmar todos los naturales, que Dios nuestro señor no siendo seruido de dissimular pecado tan malo, le embio el castigo conforme a la fealdad del pecado. Y assí dizen, que estando todos juntos embueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo temeroso y muy espantable, haziendo gran ruydo del medio del qual salió vn ángel resplandeciente con una espada tanjante y muy refulgente, con la qual de un solo golpe los mató atodos, y el fuego los consumió: que no quedó sin algunos huesos y calaveras, que para memoria del castigo quiso Dios que quedassen sin ser consumida del fuego. Esto dizen de los gigantes: lo qual

creemos que pasó: porque en esta parte que dízense han hallado y se hallan huesos grandísimos. E yo he oydo a Españoles que han visto pecado de muela, que juzgaran que a estar entera pesara más de media libra carnicera. Y también que auían visto otro pecado del hueso de una canilla, que es cosa admirable contar quan grande era lo qual haze testigo ayer passado: porque sin esto se vee adonde tuieron los sitios de los pueblos, y los pozos o cisternas que hizieron. Querer afirmar, o decir de que parte, o por qué camino vinieron estos, no lo puedo afirmar porque no lo sé.

Este año de mil y quinientos y cincuenta oy yo contar, estando en la ciudad de los Reyes, que siendo el illustríssimo don Antonio de Mendoza, visorey y gouernador de la nueva españa, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los de estos gigantes y aún mayores. Y sin esto también he oydo antes de agora, que en un antiquíssimo sepulchro, se hallaron en la ciudad de México, o en otra parte de aquel reyno ciertos huessos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron, y lo afirman, que ouo estos gigantes, y aún podrían ser todos vnos. En esta puncta de santa Elena (que como tengo dicho está en la costa del Perú en los términos de la ciudad de Puerto Viejo) se vee una cosa muy de notar y es, que ay ciertos ojos y mineros de alquitrán tan perfecto, que podrían calafetear con ello a todos los navíos qu quisiesen porque mana. Y este alquitrán deue ser algún minero que passa por aquel lugar: el qual sale muy caliente. Y destos mineros de Alquitrán yo no he visto ninguno en las partes de la Yndias que he andado” (34).

Este relato tiene las siguientes características: 1) ante la evidencia de unas osamentas descomunales se recoge la versión de los indios y se termina por aceptarla como verdadera; 2) se aprovecha el relato para afirmar que la práctica del coito anal, o sodomía, es un pecado mayor, forma costal de mucho arraigo, por cierto, entre los indios de la costa norte de ese entonces; 3) el castigo a los gigantes por dicha práctica, el ángel con espada y el fuego, es una forma de querer explicar la desaparición de dichos seres recurriendo a elementos cristianos, mismo Sodoma y Gomorra, pero que no pudieron ser de creación india pues son ajenos a su mitología; 4) se trata de explicar también las oquedades en las rocas como tarea de gigantes y no de la erosión por los elementos de la naturaleza, aunque de paso se describe muy bien los pozos de brea de la zona.

Ahora veamos lo que Agustín de Zárate escribió sobre los gigantes: “Cerca desta provincia, en una punta que los españoles llaman Santa Elena, que se mete en la mar, hay ciertos veneros donde mana un betún que parece pez o alquitrán, y suple por ello. Junto a esta punta dicen los indios que habitaron unos gigantes, cuya estatura era tan grande como cuatro estados de un hombre mediano. No declaran de qué parte vivieron; manteníanse de las mismas viandas de los indios, especialmente pescado, porque eran grandes pescadores; a lo cual iban en balsas, cada uno en la suya porque no podían llevar más, como navegar tres caballos en una balsa: apeaban la mar en dos brazas y medias; holgaban mucho de topar tiburones o bufeos, o otros peces muy grandes, porque tenían más que comer; comía cada uno más que treinta indios; andaban desnudos por la dificultad que tenían de hacer los vestidos; eran tan crueles, que sin causa ninguna mataban muchos indios, de quien era muy temidos. Vieron los españoles en Puerto Viejo dos figuras de bulto destos gigantes, una de hombre otra de mujer. Hay memoria entre los indios, descendiendo de padres en hijos, de muchas particularidades destos gigantes, especialmente del fin dellos; porque dicen que

bajó del cielo un mancebo resplandeciente como el sol, y peleó con ellos, tirándoles llamas de fuego, que se metían por la peñas donde daban u hasta hoy están allí los agujeros señalados; y así, se fueron retrayendo a un valle, donde los acabó de matar todos. Y con todo esto, nunca se dio entero crédito a lo que los indios decían destos gigantes, hasta que siendo teniente de gobernador en Puerto-Viejo el capitán Juan Olmos, natural de Trujillo, en el año de 1543 y oyendo todas estas cosas, hizo cavar en aquel valle, donde hallaron tan grandes costillas y otros huesoso, que si no parecieran juntas las cabezas, no era creíble ser personas humanas; y así, hecha la averiguación y vistas las señales de los rayos en las peñas, se tuvo por cierto lo que los indios; y se enviaron a diversas partes del Perú algunos dientes de los que allí se hallaron, que tenía cada uno tres dedos de ancho y cuatro de largo. Tiénese por cosa cierta entre los españoles, vistas estas estas señales, que por ser, como dicen que era esta gente, muy dada al vicio contra natura, la Justicia divina los quitó de la tierra, enviando algún ángel para ello, como se hizo en Sodoma y otras partes;...” (35).

El relato de Agustín de Zárate tiene características comunes con la de Cieza de León, en cuanto que termina aceptando la existencia de los gigantes dadas las evidencias óseas, en la descripción de los pozos de brea y en el castigo divino a que fueron sometidos dichos gigantes por sus prácticas coitales contra natura. Difiere de la versión de Cieza en que la lucha del mancebo lanzando rayos a los gigantes nos recuerda más a Zeus luchando contra los titanes y porque atribuye las quedades en las rocas al efecto de los rayos lanzados.

Otros cronistas como Juan Ruz de Arce o Diego de Trujillo fueron muy escuetos para describir el paso de los conquistadores por la Punta de Santa Elena: “Caminando por nuestras jornadas, llegamos a una punta, la cual pusimos por nombre de Santa Elena. Decían los indios que llevábamos que había dos jornadas de allí a la isla [la Punan].”(36). “... y de allí fuimos a la Punta de Santa Elena, a do estaban los huesos de los Gigantes, hallamos la gente de aquella tierra metidos en balsas, en el mar, con mujeres e hijos, y todo su hatu, y jamás quisieron salir; y allí tuvimos gran hambre,...” (37).

El padre Joseph de Acosta escribió lo siguiente: “Hay en el Pirú gran relación de unos gigantes que vinieron en aquellas partes, cuyos huesos se hallan hoy día de disforme grandeza cerca de Manta y de Puerto Viejo, y en proporción habían de ser aquellos hombres más que tres tanto mayores que los indios de agora. Dicen que aquellos gigantes vinieron por mar, y que hicieron guerra a los de la tierra, y que edificaron edificios soberbios, y muestran hoy un pozo hecho de piedras de gran valor. Dicen más: que aquellos hombres, haciendo pecados enormes y especial usando contra natura, fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo.” (38).

Acosta no dijo más de lo que Cieza de León escribió sobre los gigantes pero recogió otro relato de gigantes al describir como los linajes nauatlacas poblaron la tierra de México: “Pero los que habitaban de la otra parte de la Sierra Nevada, donde poblaron los tlascaltecas, no consintieron lo que los demás chichimecas, antes se opusieron a defenderles la tierra, y como eran gigantes, según la relación de sus historias, quisieron echar por fuerza a los advenedizos, más fue vencida su mucha fuerza con la maña de los tlascaltecas, los cuales los aseguraron, y fingiendo paz con ellos, los convidaron a una gran comida, y teniendo gente puesta en celada, cuando más metidos estaban en su borrachera, hurtárosle las armas con mucha disimulación, que eran grandes porras, y rodela y espadas de palo, y

otros géneros. Hecho esto, dieron de improviso en ellos, queriéndose poner en defensa y echando menos sus armas, acudieron a los árboles cercanos, y echando manos de sus ramas, así las desgajaban como otros dveshojaran lechugas. Perto al fin, como los tlascaltecas venían armados y en orden, desbarataron a los gigantes, y hirieron en ellos sin dejar hombre a vida. Nadie se maraville ni tenga por fábula lo de estos gigantes, porque hoy día se hallan huesos de hombres de increíble grandeza. Estando yo en México, año de ocheta seis, toparon un gigante de estos enterrado en una heredada nuestra, que llamamos Jesús del Monte, y nos trajeron a nosotros una muela, que sin encarecimiento sería bien tan grande como un puño de un hombre, y a esta proporción lo demás, la cual yo vi y me maravillé de su disforme grandeza.” (39).

El Inca Gracilazo no agregó nada a lo referido por los cronistas citados:”Antes que salgamos desta región, ser bien demos cuenta de una historia notable y de grande admiración; que los naturales della tienen por tradición de usu antepasados, de muchos siglos atrás, de unos gigantes de dizen fueron por la mar a aquella tierra y desembarcaron en la punta que llaman de Sancta Elena, llamárosla así porque los primeros españoles la vieron en su día. Y porque de los historiadores españoles que hablan de los gigantes Pedro Cieca de León es el que más largamente lo escribe, como hombre que tomó la relación en la misma provincia donde los gigantes estuvieron, me pareció decir aquí lo mismo que él dize, sacado a la letra; que aunque el Padre Maestro Joseph de Acosta y el contador general Agustín de Cárate dizen lo mismo, lo dizen muy breve y sumariamente.”(40). A continuación Gracilazo reprodujo textualmente a Cieza de León sin hacer un mayor análisis.

En estos relatos la idea principal fue la de explicar la presencia de huesos gigantesos recurriendo a la presumible existencia pretérita de gigantes. Estas apreciaciones difieren completamente de la experiencia de Vesputio, referente a su segundo viaje, en una de las islas antillanas, en 1499:”Andábamos por la playa en busca de indicios de seres vivientes, cuando advertimos pisadas humanas en la arena. Estas eran enormes; y si sus amos tenían los miembros del cuerpo conforme a ellas (pensamos), aquellos debían pertenecer seguramente a la raza de los gigantes. Deseosos, pues de conocer a entes tan extraordinarios, nos pusimos a seguirlos, conduciéndonos hasta un sendero que penetraba en la isla, por el que nos internamos, y, después de caminar cerca de una legua, fuimos a dar un pequeño valle donde habían cinco cabañas, una de las cuales estaba ocupada por cinco mujeres; dos viejas y tres muchachas; estas últimas eran de tal talla que quedamos atónitos.

Las dos ancianas se aproximaron y nos hicieron pasar al interior, dándonos de comer y beber. Mientras comíamos, planeábamos el rapto de las tres mozas, con la idea de llevarlas a España y exhibirlas con una rareza porque, además de poseer la mayor estatura concebible en una mujer, eran de formas admirables, aunque algún tanto túrgidas. En esto, entraron treinta y seis hombres gigantesos, armados con descomunales arcos y garrotes en forma de clavos, quienes, plantándose frente a nosotros, empezaron a observarnos detenidamente y hablarnos con cierto tono que nos pareció amenazante, Os lo confieso, en ese momento sentimos intenso temor y hubiéramos dado algo por hallarnos en nuestros lejos de aquellas gentes. Sin embargo, satisfechos tal vez del examen, se retiraron a un lado de la choza y se pusieron a comer, sin dejar de mirarnos de cuando en cuando de soslayo.

No sabíamos qué partido tomar para salir del apuro, pues la actitud de los gigantes se había vuelto manifiestamente hostil. Unos, de los más fogosos, proponían pasar al ataque, aun cuando fuese dentro de la misma cabaña; mientras los otros, los prudentes (y entre éstos estaba yo), argumentaban de que no convenía precipitar los acontecimientos siendo lo más cuerdo abandonar la choza y emprender regreso a la costa, naturalmente, prontos a repeler todo intento de acometida. Así lo hicimos.

Salimos disimuladamente y tomamos la senda por la que habíamos ido, y ellos tras nosotros, haciendo ademanes, pero manteniéndose siempre a tiro de piedra. Yo creo que experimentábamos el mismo temor, pues, cuando nos deteníamos los gigantes nos imitaban, conservando la distancia. Al fin; llegamos a la playa, donde nos estaban aguardando los botes y en los que nos embarcamos apresuradamente. Y estando ya mar afuera, empezaron a disparar, correspondiéndoles con dos tiros de bombardas, más por asustarlos que por causarles daño. Y así nos separamos de ellos, con la impresión de habernos librado de un grave riesgo. A esa isla la he nombrado “de los Gigantes.” (41).

Esta descripción de Vespucio es totalmente diferente de las que hicieron los cronistas de la conquista posteriormente y fue, definitivamente, a la luz de lo que hoy conocemos, pura invención del cartógrafo aunque no sabemos si lo hizo para matizar sus cartas con hechos extraordinarios o para justificar una deshonrosa huida ante una acometida de los naturales.

El tema de los gigantes de América sería motivo de discusiones y polémicas entre los pensadores europeos de las centurias siguientes. Así, Rousseau, Bufón y Voltaire lo aceptaban de alguna manera mientras que otros como De Paw y Diderot lo negaban. Era muy importante determinar si realmente existieron o no, pues estaba en juego la inferioridad o superioridad, en lo físico, de los habitantes americanos (42).

En 1790, doscientos cincuenta años, en promedio, más tarde de las descripciones de los cronistas, un sargento de policía llamado Josef del Corral y Narro visitó la Punta de Santa Elena y escribió un informe de cual podemos citar algunas partes: “Desde luego los moradores tienen como de fe en que en realidad hubo semejante raza de hombres, y se conserva un recinto como Sitio de los Gigantes. Pero no se encuentra el menor vestigio de población antigua, bien que si tenemos reflexión aquellos edificios en toda la jurisdicción de Guayaquil son de madera, ó cañas brabas (y cuya práctica es muy natural venga de la antigüedad) no nos debe hacer novedad. Lo que sí existe, es un pozo abierto en piedra, al parecer fabricado con mucha prolijidad, cuya boca era como de dos tercias de diámetro, bastantemente profundo y con agua, y afirman que fue construida por los gigantes.

Es constante que de las concavidades ejecutadas para verificar y trabajar de minas de brea, se han sacado una multitud de huesos de todas clases, y aún en las paredes que formaban las excavaciones se registraban infinitos más, colocados unos separados, y como puestos por acaso, y otros aglomerados, solos, sin mezcla alguna de otro material. La mayor parte de estos despojos se compone, al parecer de cañas de piernas ó de muslos de iguales dimensiones. Su largo es más de media vara castellana y sugrueso excesivamente desproporcionado. También se encuentran voluminosas vértebras de espinazo y aún aquel hueso que divide la caja del cuerpo ó región alta de la caja. En un mismo paraje se hallan

muchos petrificados y otros no, pero estos han perdido enteramente su dureza y han quedado tan frágiles que con el menor impulso se rompen.” (43)

Esta descripción corresponde a lo que actualmente conocemos como fósiles. También se describe los pozos de brea, la oquedad bien formada. Luego de hacer algunas especulaciones, plateándose inclusive la posibilidad de que se tratara de huesos de ballenas, y llamándole la atención la falta de cráneos de humanos o parecidos, pero: “Si el tiempo me permitiese extender sobre este punto, haría otras reflexiones que se acercasen la combinación de semejantes sucesos, en términos de que quedasen menos dudas, pero por descontado juzgo devo ladear mi dictamen a favor de la realidad y existencia de los gigantes por las razones que quedan expuestas.” (44).

Las divagaciones de Del Corral representan el avance en el pensamiento del hombre común, muy lejos aún de las teorías evolucionistas que de desarrollarían en Europa a mediados del siglo XIX. Recordemos que Darwin publicó “El origen de las especies” recién en 1859, lo que permitió a los biólogos y paleontólogos comprender y reconstruir el pasado de los seres vivientes.

Actualmente se conoce que la Punta de Santa Elena está formada por tres tablazos o terrazas marinas formadas en el Cuaternario, y en la inferior de ellas se encuentra la llamada fauna carolinense que se sitúa en el Pleistoceno superior, Esta fauna está conformada por mamíferos-como el Haplomastodon guayasenses; Equus (Amerhippus santa-elenae); Palaeolama aequatorialis; Odocoileus salinae; Dusicyon sechurae elenensis; Proscocyon orcensis; Felis (Puma) platenses; Megalonicido indet.; Erenotherium carolinense; E. elenense; Glossotherium tropicorum; Scelidodon reyesi; Holmesina occidentalis; aves-Columbidae, Anatidae, Cathartidae, Falconidae, Accipitridae, Bubosidae, Psittacidae, Caradriformes y Passeriformes; reptiles-Teiidae (Dicrodon), Iguanidae (Iguana), Boidae, Testudinidae (Testudo gigante), Emydidae (Geomyda), Crocodylidae (Caiman); insectos y vegetales. (45).

De esta manera, el enigma de los gigantes descritos por los cronistas quedó aclarado. Las teorías evolucionistas recién se expusieron en la segunda mitad del siglo XIX, así que ante el hallazgo de fósiles nunca antes pudo plantearse la posibilidad de que correspondieran a animales que existieron mucho antes de la aparición de los homínidos modernos y del doblamiento del continente americano.

LA FORTALEZA DE LLOQUE YUPANQUI.

En todas las civilizaciones antiguas ha sido regla exaltar las cualidades excepcionales de algunos de sus miembros. Muchos fueron mitificados y alcanzaron la categoría de héroe o semidios. Los antiguos indios también lo hicieron. De aquellas crónicas que tratan sobre los incas o gobernantes desde la fundación del imperio Tahuantinsuyo vamos a examinar algunas que hacen mención a una supuesta fortaleza física del Inca Lloque Yupanqui desde muy temprana edad. Recordemos que, al no tenerse registros escritos, el principal causante de las confusiones de los cronistas al obtener información de boca de los indios fue el olvido de éstos para recordar los detalles.

Veamos lo que Juan de Betanzos escribió al respecto: "... en la cual señora hubo Sincheroca un hijo llamado Lloque Yupangue este Lloque Yupangue nació con dientes y luego que nació anduvo y nunca quiso mamar y luego habló cosas de admiración que a mi parecer debió ser otro Merlín según que las fábulas dicen y ANSI como este nació tomó una piedra en las manos y tiróla a otro muchacho descendiente de Alcabicca que al presente por allí pasaba el cual iba por agua a una fuente con cierta vasija en las manos de la cual pedrada el Lloque Yupangue recién nacido quebró una pierna al muchacho de Alcabicca ya dicho del cual caso los agoreros dijeron que los que descendiesen deste Lloque Yupangue serían grandes señores..." (46).

Sarmiento de Gamboa atribuyó esta extraña fortaleza a Mayta Cápac, hijo de Lloque Yupanqui: "Mayta Cápac, cuarto inga, hojo de Lloqui Yupanqui y de su mujer Mama Caua, es entre estos indios como nuestro Hércules en su nacimiento y hechos, porque cuentan dél cosas extrañas. Quanto a lo primero, dicen estos indios de su linaje y todos los demás en general que su padre, cuando lo engendró, era tan viejo y sin virtud natural, que todos lo tenían por inútil para generación, y así tuvieron por cosa de maravilla que engendrarse. Lo segundo, afirman todos que de tres meses que su madre se hizo preñada, lo parió y nació con dientes, y robusto, y que iba creciendo tanto, que de un año tenía tanto cuerpo y fuerza como otro de ocho y aún más, y que siendo de dos años peleaba con los muchachos muy grandes y los descalabraba y hacía mucho mal. Esta todo parece que se puede contar con las demás fábulas, pero yo escribo lo que los naturales tienen de sí y de sus mayores, y esto tienen esto por tan verdad, que se mataran con quien otra cosa les dijere.

Dicen deste Mayta que siendo de muy tierna edad, andando jugando con ciertos mozos de los Alcabizas y Culunchimas, naturales del Cuzco, los lastimaba a muchos dellos y algunos mataba. Y un día, sobre beber o tomar agua de una fuente, quebró la pierna a un hijo de un cinchi de los Acabizas, y persiguió a los demás, hasta hacerlos encerrar en sus casas, donde los Alcabizas vivían sin hacer mal a los ingas." (47).

Gracilaso no hizo alusión directa a la virtud física de Lloque Yupanqui, pero explicó que Lloque significa "izquierdo" y Yupanqui significa "contarás [sus virtudes]" y que: "Haviendo tomado el Inca Lloque Yupanqui la posesión de su reino y visitándolo por su persona, propuso estender sus límites, para lo cual mandó levantar seis o siete mil hombres para ir a su reducción con más poder y seguridad que sus passados, porque havian más de sesenta años que eran Reyes, y le pareció no remitirlo todo al ruego y a la persuasión, sino que las armas y la potencia hiciesen su parte, a lo menos con los duros y pertinaces." (48)

Como se puede apreciar, un ejemplo más de la forma mítica como se tomaron ciertas referencias y como puede funcionar la razón cuando se aplica.

YAHUAR HUACAC, EL INCA QUE LLORÓ SANGRE.

Veamos como algunos cronistas se refirieron al supuesta hecho de que el hijo de Inca Roca lloró sangre, por lo que sería llamado Yáhuar Huacac, "el que lloró sangre".

Juan de Betanzos escribió: "...Yngaroca Ynga del cual dicen haber habido seis mujeres que tuvo treinta hijos e hijas y después de los días deste sucedió en su lugar un hijo suyo y

mayor de los otros que se llamó Yaguar Guaca Ynga Yupangue deste dicen que nació llorando sangre y por eso le llamaron Yaguar Guaca que dice llora sangre deste dicen que tuvo veite mujeres ...” (49).

La versión dada por Sarmiento de Gamboa es algo diferente: “Y el cinchi [Tóca y Cápac] dello recibió gran contento, y preguntando a voces altas si era aquél el hijo de Mama Micay, su madre, y de Inga Roca Incasu padre. Tóca y, indignado, acabadas de oír esta palabras, mandó a los que lo traían preso, que lo llevasen a matar. El muchacho que tal sentencia oyó dar sobre sí, recibió tanta pesadumbre y oraje, que empezando allorar de miedo de la muerte, reventó por los ojos lágrimas de sangre y con una indignación más que la edad que era, a manera de maldición dijo contra Tóca y y Ayarmacas: “Dignos cierto, que si vosotros me matáredes, que vendrá tal maldición sobre vosotros y vuestros descendientes, que os cabéis todos sin quedar memoria de vuestra nación”. Y como considerasen los Ayarmacas y Tóca y estas maldiciones del niño y juntamente las lágrimas de sangre, dijeron que aquello debía ser gran misterio, pues un niño tan tierno decía tan pesadas palabras, y había hecho tal impresión en él el miedo que llorase sangre, quedaron suspensos adivinándole que había de ser aquel gran hombre, y revocaron la sentencia de muerte y llamáosle Yaguar Guaca, que quiere decir “lloro de sangre”, por lo que había sucedido.” (50)

Gracilaso resumió ambas versiones y, para este caso, puso de manifiesto una forma objetiva de pensar: “ ..., ser bien declaremos la significación del nombre Yáhuar Huácac y la causa por que se lo dieron a este príncipe. Dizen los indios que cuando niño, de tres o cuatro años, lloró sangre. Si fue sola una vez o muchas, no lo saben decir; debió ser que tuviese algún mal de ojo, y que el mal causase alguna sangre en ellos. Otros dizen que nació llorando sangre, y esto tienen por más cierto. También pudo ser que sacase en los ojos algunas gotas de sangre de la madre, y como tan agoreros y supersticiosos dixeron que eran lágrimas del niño. Como quiera que haya sido, certifican que lloró sangre, y con los indios fueron tan dados a hechicerías, habiendo sucedido el agüero en el príncipe heredero miraron más en ello y tuviéronlo por agüero y pronóstico infelice, y temieron en su príncipe alguna gran desdicha o maldición de su padre, el Sol, como ellos dezían. Esa es la deducción del nombre Yáhuar Huácac, y quiere decir el que llora sangre, y no lloró de sangre, como algunos interpretan; y el llorar fue cuando niño y no cuando hombre, ni por verse vencido y preso, como otros dizen, que nunca lo fue Inca ninguno hasta el desdichado Huáscar, que lo prendió el traidor de Atahuallpa, su hermano bastardo, como diremos en su lugar si el Sumo Dios nos dexa llegar hasta allá. Tampoco lo hurtaron cuando niño, como otro historiador dize, que son cosas muy ajenas de la veneración en que los indios tenían a sus Incas, ni en los ayos y criados diputados para el servicio y guarda del príncipe había tanto descuido que lo dexaron hurtar, ni indio tan atrevido que lo hiziera aunque pudiera; antes, si tal imaginación, entendiera que, sin ponerlo por obra, sólo por haverlo imaginado se había de abrir la tierra y tragárselo a él y a toda su parentela, pueblo y provincia, porque, como otras vezes lo hemos dicho, adoravan a sus Reyes por dioses, hijos de su Dios el Sol, los tenían en suma veneración, más que cualquiera otra gentilidad a sus dioses.” (51)

Como se puede apreciar el raciocino de Gracilaso es correcto. Yáhuar Huácac debió padecer, a muy temprana edad, de algunas de las causas de lo que ahora conocemos como el “síndrome de ojo rojo”. Tal vez tuvo hemorragias subconjuntivales a repetición o una

conjuntivitis crónica por citar unos ejemplos. No lo podemos especificar pero el nombre debió tener su origen en alguna afección ocular que llamó la atención de los antiguos indios. Estos le agregaron el componente mítico y así, sin mayor raciocinio previo, fue recogido por los cronistas españoles.

EL MAL DE MONTAÑA AGUDO O SOROCHÉ

Cuando se inició el estudio del efecto de las alturas sobre el organismo humano, el doctor Carlos Monge Medrano fue uno de los primeros en hacer referencia a la descripción que hiciera el padre Joseph de Acosta sobre “de algunos efectos maravillosos de vientos en partes de Indias” en su ascenso a la sierra de Pariacaca (en la actual provincia de Jauja y departamento de Junín, a unos 4750 m.s.e.n.m.). Veamos dicha descripción: “Hay en el Pirú una sierra altísima que llaman Pariacaca; yo había oído decir esta mudanza que causaba, e iba preparando lo mejor que pude conforme a los documentos que dan allá, los vaquianos o pláticos, y con toda mi preparación, cuando subí las Escaleras, que llaman, que es lo más alto de aquella sierra, cuasi súbito me dio una congoja, tan mortal, que estuve con pensamientos de arrojarme de la cabalgadura en el suelo, y porque aunque íbamos muchos, cada apresuraba el paso, sin guardar compañero por salir presto de aquel mal paraje, solo me hallé con un indio, al cual le rogué me ayudase a tener en la bestia; y con esto, luego tantas arcadas y vómitos que pensé dar el alma porque tras la comida y flemas, cólera y más cólera, y una amarilla y otra verde, llegué a echar sangre de la violencia que el estómago sentía. Finalmente digo que si aquello durara, entendiera ser cierto el morir, más no duró sino obra de tres o cuatro horas, hasta que bajamos bien abajo y llegamos a temple más conveniente, donde todos los compañeros, que serían catorce o quince, estaban muy fatigados; algunos caminando pedían confesión pensando realmente morir, otros se apeaban, y de vómitos y cámaras estaban perdidos; algunos me dijeron que les había sucedido acabar en el suelo y daba gritos, del rabioso dolor que le había cusado la pasada de Pariacaca. Pero lo ordinario es no hacer daño de importancia, sino aquel fastidio y disgusto penosos que da mientras dura; y no es solamente aquel paso de la sierra de Pariacaca el que hace este efecto, sino toda aquella extraña destemplanza, aunque en unas partes más que en otras, y muchos más a los que suben de la costa de la mar a la sierra, que no en los que vuelven de la sierra a los llanos. Yo la pasé fuera de Pariacaca, también por los Lucanos y Soras, y en otra parte por las Collaguas y en otros por Cauanas; finalmente por cuatro partes diferentes en diversas idas y venidas, y siempre en aquel paraje sentí la alteración y mareamiento que he dicho, aunque en ninguna tanto como en la primera vez de Pariacaca. La misma experiencia tienen los demás que lo han probado.” (52)

Esta descripción fue considerada durante muchos años como la primera que describe los síntomas de la exposición aguda a las alturas o soroche agudo y fue calificada como espléndida por el doctor Carlos Monge Medrano, pionero de dichos estudios en nuestro medio, y que además hacía mención del proceso de adaptación (53). No obstante que los españoles debieron realizar numerosas ascensiones hechas por los cronistas. La explicación radica en que las ascensiones se hicieron lentamente, en varios días, tanto por lo agreste del terreno como por razones de estrategia militar al adentrarse en territorios inexplorados por ellos, de tal modo que se fueron adaptando. Tanto Monge como los otros estudiosos del problema nunca dudaron de que los síntomas descritos por Acosta correspondieron al soroche agudo (54).

En 1984, Bonavía et al recorrieron la ruta que recorriera Acosta en su afán de corregir las inexactitudes geográficas y de apreciaciones que publicara un investigador norteamericano sin haber estado en el Perú (55). De paso, Bonavía et al cuestionaron que la descripción de Acosta correspondiera realmente a las manifestaciones del soroche agudo leve, pues él y su grupo venían en ascenso por varios días, y que posiblemente se trató de casos de gastroenteritis puesto que, además, las molestias persistieron luego de descender. El planteamiento de Bonavía es correcto pero también es muy posible que Acosta, en el relato mencionado, haya recurrido a manifestaciones hechas por otros viajeros en viajes diferentes o que haya mezclado los síntomas de una intoxicación alimenticia sufrida a menor altura con los efectos que produce la exposición a grandes alturas. Esto debe considerarse conociendo a Acosta por el resto de sus crónicas que nos dan una idea de su forma de recolectar e interpretar los hechos. Debemos agregar que la hematemesis está descrita entre las manifestaciones raras de la exposición a las grandes alturas pero lo relatado también nos recuerda al llamado síndrome de Mallory-Weiss, esto es la hematemesis que sigue a los vómitos intensos y que se produce por una ruptura de la mucosa a nivel de la unión gastroesofágica.

Pero, debe rescatarse la idea primigenia: que las personas enferman al atravesar las grandes alturas aunque nunca tanto como la primera vez.

EL TAKI ONQOY

Uno de los capítulos más interesantes relatados por algunos cronistas es el taki onqoy, que significa el “canto y baile de la enfermedad”. Casi treinta años después de la llegada de los españoles a estas tierras, entre los indianos ocurrió un fenómeno social con visos de reivindicación. Este movimiento, con sustento religioso inicialmente, se perfilaba como una verdadera manifestación de rechazo al invasor y que podría desembocar en la violencia en un momento determinado. El taki onqoy apareció entre 1560 y 1565 en las regiones sureñas de Ayacucho y se extendió rápidamente a las regiones aledañas de Huancavelica, Cuzco, Arequipa, Junín y Huanuco. Los indianos se reunían secretamente e iniciaban un ritual de adoración a las huacas o ídolos prehispánicos, en el cual renunciaban de todos los elementos culturales hispánicos que les habían impuesto, especialmente lo relacionado a la religión católica. Se pintarrajeaban la cara, cantaban y bailaban, gesticulando y revolcándose hasta entrar en trance de verdaderos “poseídos por las huacas”, a las cuales no podrían renunciar hasta su muerte (56).

El canónigo Cristóbal de Albornoz fue uno de los primeros en detectar este movimiento y llevó a cabo una persecución cruenta que se denominó la “extirpación de idolatrías”. Leamos uno de los testimonios del testigo Cristóbal de Molina en las “Informaciones” de Albornoz: “... , save este testigo que [Albornoz] descubrió gran suma de guacas y las hizo quemarle a los sacerdotes y ministros y hechiceros dellas e hizo cargarlos, e que en la provincias de los soras y Apcara y Lucanas, halló gran suma de docmatizadores y maestros del Taqui Ongoy, ques la más mala superstición que en nuestros tiempos los yndios an hecho, e uqe en ellas castigó muchos dellos e a los más principales dogmatizadores, que eran dos hombres e una muger, embió presos a esta ciudad del Cuzco, los quales disuadían a los yndios diziendo que las guacas avían vencido a Dios e que no avía para que adorar las cruces ni entrar a las iglesias, e que no era Dios el que les dava las comidas, si no que uno

que andava en una manera de canasta en el ayre cave ellos, e que si estos no creyan, los harían tornar a los yndios en guanacos e vicuñas e otros animales...”(57).

Parte del testimonio de Diego Romaní fue el siguiente: “...[Albornoz] descubrió entre los dichos naturales la seta e apostasia que entre ellos se guardaba del Taqui Ongo, que por otro nombre se dize Aira, y que es público que entre los dichos naturales se predicava y dezían que no creyesen en Dios ni en sus mandamientos, ni adorasen las cruces ni ym genes, ni entrasen en las iglesias, y que no se confesasen con clérigos, sino con ellos, e que ayunasen ciertos ayunos en ciertos días y en sus formas, no comiendo sal ni agi ni maiz, ni teniendo cópula con sus mugeres, sini que los bebiesen de una chicha destemplada si fuerca alguna, y mandándoles adorasen y ofreciesen carneros y otras cosas e que ellos venían a predicar en nombre de sus guacas y dioses que adoraban, y que dichas guacas avían bencido al Dios de los Cristianos e que ya era acababa su mita, y muchas otras cosas e bicios de carnalidades, y que este testigo vido seis o siete muchachos e muchachas yndias que entendían en la dicha seta e apostasia que andaban como tontos y gente perdida el juicio...”(58).

De los historiadores médicos nacionales, fue Valdizán quien se ocupó más de este tema aunque sus apreciaciones no fueron correctas. En efecto, Valdizán le encontró similitud al taki onqoy, a la que llama corea rítmica, con la coreomanía epidémica, o baile de San Vito, descrita en la Europa medieval y lo atribuyó, para el caso de los antiguos peruanos, al fanatismo religioso, a los excesos alcohólicos y las perversiones sexuales (59, 60). De lo que se conoce ahora, esta corea epidémica europea consistió en algunos casos de la corea reumática o corea de Sydenham, presentación clínica rara por cierto, sumado a verdaderos casos de histerismo colectivo. Lastres, otro historiador médico notable, y neurólogo, no tocó el tema directamente en sus magnos escritos (61, 62). La explicación a estos desaciertos y limitaciones en las interpretaciones se debió a que no se dispuso de fuentes importantes sobre el taki onqoy hasta 1964, en que el antropólogo nacional Luis Millones dio a conocer las “Informaciones” de Albornoz y, desde entonces, fueron los antropólogos, sociólogos y, aún, psicoanalistas los que se han ocupado profusamente de dicho movimiento. Para ellos, el taki onqoy fue una respuesta mesiánica a la catástrofe social demográfica, “una revuelta inconsciente” contra la abrumadora presencia de la destrucción y la mortandad. “El desmoronamiento de la estructura ideológico-religiosa, elaborada por los Incas de la expansión, mostraba entre sus ruinas el sistema paritario de las huacas del Taki Onqoy, que mostraba a su vez tanto las huellas de la catástrofe, como la necesidad perentoria de una afirmación. Lo sagrado aposentado en los cuerpos purificados cobró vida. Así se propuso un nuevo comienzo ajeno tanto al tiempo del Inca como de los españoles” (63).

DE LA RAZÓN Y LA IMAGINACIÓN EN LOS CRONISTAS.

En este punto queremos poner dos ejemplos de cómo funcionó el raciocinio y la lógica, algunas veces, en el pensamiento de los cronistas al tomar conocimiento de los hechos y de cómo recurrieron a la imaginación, intencionalmente o no, para explicarles ciertas apreciaciones o simplemente por matizar sus relatos.

Veamos un relato de Miguel de Estete con respecto a cierta costumbre de los naturales de las costas de la actual República del Ecuador: “Las cabezas de los difuntos las conservan con cierto bálsamo de esta manera.: que después de sacado el calavernio por el cogote quedando el rostro con entera forma de narices y ojos y abéñolas y cejas y cabellos, le curan y le dan cierta confección mediante la cual conserva la carne o cuero que no se corrompe, y que las ternillas de las narices estén enteras y los cabellos y cejas y abéñolas apegadas a la carne. Son tantos los baños que les dan para que hacen que un rostro de un hombre se consuma y disminuya en ser tan pequeño y mucho más que lo es uno de un niño acabado de nacer; y después que él esta en tan pequeña cantidad tornado, le guardan en unas arcas que tienen en las mezquitas y dura sin corromperse por tantos años, que dicen los indios que dura dos o tres edades. Cierito, es cosa de admiración y nunca visto y así lo fue para los que lo vimos primero, teniendo por cierto, que eran propios rostros de gente enana que hubiese en la tierra hasta que supimos la verdad de ella.” (64)

En este caso, el cronista logró explicarse algo que iba dar por cierto. Sin embargo, esta forma de raciocinio no siempre prevaleció en sus relatos ni en los de los otros cronistas.

A continuación presentaremos un relato muy curioso que hiciera Pedro Pizarro al referirse a las especies animales de estas tierras: “Un español, que se dize Antón de Gatas, entró con cuarenta hombres por un balle que se dize Cochabamba, por donde entran a las montañas, a descubrir por allí tierra. Halló algunos ríos de muchos pescados y poblazones pequeñas, y delante de encima de un cerro uieron grandes fuegos y señales de poblazones grandes, y de allí se uoluieron para no osar pasar adelante y al pasar / destas montañas, antes de llegar a este cerro que digo, dizen hallaron muchas aues grandes, y entre ellas muchas grullas ya aues tan grandes, de dende lejos las diuisaban, y salidos de las montañas vieron un monstruo, que de la cintura para arriua de hechura de cabra, y de la cintura para arriua de hechura de hombre; el rostro chato, en la caueca unos quernos pequeños, y después de ayer estado un poco mirando los huyó con tanta uelocidad, que parecía que quitaua la vista de los ojos.” (65)

¿Qué fue lo que vieron realmente parecerse a un fauno en las serranías americanas? Definitivamente que Pedro Pizarro fue un hombre con mucha imaginación.

CONCLUSIONES

De lo examinado líneas arriba, con respecto de las crónicas del Perú podemos afirmar que:

1. No podemos afirmar con certeza que el inca Huayna Cápac murió a consecuencia de la viruela traída por los españoles.
2. No existe ninguna evidencia concreta de que la supuesta “epidemia de verrugas” que atacó a las huestes españolas en Coaque se trató de lo que ahora conocemos como cuadros clínicos de la fase verrucosa de la Bartonelosis humana.
3. Las osamentas descomunales halladas en la Punta de Santa Elena y atribuidas a gigantes fueron fósiles del período carolinense del Pleistoceno superior.
4. El inca Lloque Yupanqui debió ser poseedor de una fortaleza física desde temprana edad por lo cual fue mitificado.

5. El inca Yáhuar Huácac, el que “lloró sangre”, debió padecer del síndrome de “ojo rojo”, por lo que fue llamado así.
6. La descripción del mal de montaña agudo o soroche hecha por Joseph de Acosta es un relato confuso de lo que pudo ser un episodio de gastroenteritis colectiva más manifestaciones de hipoxia por la altura, sin precisarse si hubo o no hubo simultaneidad de los hechos.
7. El taki onqoy, o “canto y baile de la enfermedad” no fue ninguna coreomanía epidémica sino una manifestación colectiva de los indianos que los llevó al culto de las huacas como una respuesta al despojo cultural a que fueron sometidos por los españoles.

A la memoria de mi padre, nov. 1926/nov. 1992.

BIBLIOGRAFÍA

1. Markham, sir Clements. The Incas of Peru. Chapter one. The Tellers of the Story. ABC, Lima, 1977; pp 13-23.
2. Wedin, A. El concepto de lo Incaico y las Fuentes. Estudio Crítico. Scandinavian University Books, Uppsala, 1966; pp 41-93.
3. Leonard IA. Los Libros del Conquistador. Fondo de Cultura Económica, México, 2ª.ed., 1979; pp 41-50.
4. Fernández de Castillejo F. La Ilusión en la Conquista. Editorial Atalaya, Buenos Aires, 1945.
5. Flores Galindo A. Europa y el País de los Incas: La Utopía Andina. Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1986.
6. Olano, G. Información para el Estudio de la Viruela. Empresa Tipográfica Lartiga, Lima, 1913.
7. Polo JT. Apuntes sobre las Epidemias en el Perú. Revista Histórica 1913; V:50-109.
8. Lastres JB. Historia de la Medicina Peruana. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1951. Tomo I, Capítulo XVI, pp 156-7.
9. Pizarro P. Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú (1572). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2ª.ed., 1986; pp 48.
10. Cieza de León P. Crónica del Perú, Lima, 2ª.ed., 1986; pp 199-200.
11. Sarmiento de Gamboa P. Historia de los Incas (1572). Emecé Editores, Buenos Aires, 2ª.ed., 1943; pp 150.
12. Betanzos J. Suma y Narración de los Incas (1551). Ediciones Atlas, Madrid, 1987; pp 200-1.
13. Borregán A. Crónica de la Conquista del Perú (1565). Biblioteca Peruana, Tomo II. Editores Técnicos Asociados S.A., Lima, 1968; pp 333-4
14. Molina C. Conquista y Población del Perú (1553). Biblioteca Peruana, Tomo III. Editores Técnicos Asociados S.A., Lima, 1968; pp 333-4.
15. De la Vega, Inca Gracilaso. Comentarios Reales de los Incas. Biblioteca Clásicos del Perú/1, Banco de Crédito del Perú, Lima, 1985; pp 394-6.
16. Pizarro P. Op. Cit.; pp 15-6.
17. Cieza de León P. Crónica del Perú. Tercera Parte. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. 2ª.ed., Lima, 1989; pp 90-1.
18. Silva y Guzmán D. La Conquista de la Nueva Castilla (La Crónica Rimada). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 99.

- 19.Mena C. La Conquista del Perú (1534). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 135-6.
- 20.Ruiz de Arce o Albyquerque J. Advertencias (1545). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 415-6.
- 21.Trujillo D, Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú (1571). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo II; pp 14.
- 22.Zárate A. Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú (1555). Biblioteca Peruana, Primera Serie.Op.cit., Tomo II; pp 120.
- 23.Estete M. Noticia del Perú (Hacia 1535). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit. Tomo I; pp 357-8.
- 24.López de Gómara F. Historia General de las Indias. I.Hispania Victrix (1552). Editorial Iberia S.A., Barcelona, 1985; pp 171.
- 25.Anónimo. Relación Francesa de la Conquista del Perú (1534). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 174.
- 26.Jerez F. Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla (versión de 1749). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 200.
- 27.Patrón P. La Verruga de los Conquistadores. La Crónica Médica 1889; VI(65):101-5.
- 28.Odriozola E. La Maladie de Carrión. París, 1898; pp 21.
- 29.Lastres JB. La Medicina en el Descubrimiento y Conquista del Perú. Lima, 1956; pp 40.
- 30.Maldonad A. La Verruga de los Conquistadores del Perú. Lima, 1935. (Folleto, 35 pg).
- 31.Rebagliati Raúl. Verruga Peruana. Lima, 1940; pp 12.
- 32.Arce J. Contribución al estudio de la Patología Nacional. Estudio sobre Verruga Peruana o Enfermedad de Carrión. Anales de la Facultad de Medicina 1918; año I, vol. I, pp 21-130.
- 33.Pizarro P. Op.cit. pp 20-1.
- 34.Cieza de León P. Crónica del Perú (1553). Primera Parte. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. 2ª.ed., Lima, 1986; pp 166-8.
- 35.Zárate A. Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú (1555). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo II; pp 121-2.
- 36.Ruiz de Arce o Alburquerque J. Advertencias (1545). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 416.
- 37.Trujillo D. Relación del Descubrimiento del reyno del Perú (1571). Biblioteca Peruana. Primera Serie. Op.cit., Tomo I; pp 16.
- 38.Acosta J. Historia Natural y Moral de las Indias (1590). Fondo de Cultura Económica, 2ª.ed. 2ª. reimp., México, 1985; pp 53.
- 39.Ibidem Acosta; pp 322-3.
- 40.Garcilaso. Op.cit.; 384-6.
- 41.Vespucio A. Vida y Cartas (recogidas y publicadas en 1745 por el abate Angel María Bandini). Editorial P.T.C.M., Lima, 1948; pp 73-4.
- 42.Gerbi A. Viejas Polémicas sobre el Nuevo Mundo. Banco de Crédito del Perú. 3ª.ed., Lima, 1946; pp 145-6.
- 43.Del Corral y Narro J. Dictamen que forma don Josef del corral y Narro, coronel de milicias disciplinadas de infantería y Corregidor por S.M. de la provincia de Chimbo y Guaranda en el distrito de la Real Audiencia de Quito, en América, sobre osamentas de desmedida magnitud que se hallan en la Punta de Santa Elena, jurisdicción de la provincia de Guayaquil. Revista Histórica 1913; V:200-6.
- 44.Ibidem Del Corral y Narro; pp 206.

45. Hoffstetter R. Vertebrados Cenozoicos del Ecuador. Actas del IV Congreso Latinoamericano de Zoología (1968) 1970; II: 955-69.
46. Betanzos. Op.cit.; pp 21.
47. Sarmiento de Gamboa. Op. Cit.; pp 65-6.
48. Garcilaso. Op.cit.; pp 73-4.
49. Betanzos. Op.cit.; pp 22.
50. Sarmiento de Gamboa. Op.cit.; pp 73-4.
51. Garcilaso. Op.cit.; pp 152-3.
52. Acosta. Op.cit.; pp 103-7.
53. Monge Medrano C. Adaptación en los Andes. Confirmaciones Históricas sobre la "Agresión Climática" en el Desarrollo de las Sociedades de América. Anales de la Facultad de Medicina 1945; tomo XXVIII (4) 307-82.
54. Encinas E. La Enfermedad de Iso Andes. Segunda Parte. Soroche. Anales de la Facultad de Medicina 1028; año XI (1-2):210=48.
55. Bonavía D; León Velarde F; Monge C; Sánchez-Griñán M. y Whittembury J. Tras las huellas de Acosta 300 años después. Consideraciones sobre su Descripción del "Mal de Altura". Histórica 1984; VIII(1):1-31.
56. Millones, Castro-Klaren, Guibovich, Hernández, Lemlij, Péndola, Rostworowski y Varón. El Retorno de las Huacas. Estudios y Documentos sobre el Taki Onqoy, Siglo XVI. Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPS), Lima, 1990; pp 301-405.
57. Ibidem Millones et al; pp 180-1.
58. Ibidem Millones et al; pp 98-9.
59. Valdizán H. La Alienación Mental entre los Antiguos Peruanos (1915). Reproducido en: Paleopsiquiatría del Antiguo Perú. Fondo Editorial de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, 1990; pp 77-8.
60. Valdizán H. Locos de la Colonia (1919) Edición del Instituto Nacional de Cultura, Lima, 1988; pp 166-71.
61. Lastres JB. Las Enfermedades Nerviosas en el Coloniaje. Empresa Editorial Rímac, Lima, 1938.
62. Lastres JB. La Medicina en el Descubrimiento y Conquista del Perú. Op.cit.
63. Hernández M; Lemlij M; Millones L; Péndola A y Rostworowski M. Entre el Mito y la Historia. Psicoanálisis y Pasado Andino. Fondo Editorial de la Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, Lima, 2ª.ed.; pp 111-33.
64. Estete M. Op.cit.; pp 360-1.
65. Pizarro P. Op.cit.; pp 248.